

PALABRAS DE CARNE, LETRAS, HUESO Y ALMA

Guillermo Alberto Arévalo*



*. Autor de varios ensayos entre los cuales se cuenta *Crítica literaria: César Vallejo, poesía en la historia* (Valencia Editores, Bogotá, 1977), *Edición crítica de la obra de Luis Carlos López* (Banco de la República, Bogotá, 1976, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1994, Contracorriente, Universidad Pedagógica, Bogotá, 2006), *Siete poetas colombianos* (Ancora Editores, 1983), y de *Poesía indígena de América* (Arango Editores, Bogotá, 1994).

No se ha hecho mucha crítica sobre la obra de Alonso Aristizábal. Es injusto. Pero es que, en verdad, aquí casi no existe la crítica. Todo lo que aparece son recopiladores de antologías de artículos (incluso a veces libros flojos y sin sustento) que, luego, como por arte de magia, para la prensa se convierten en “la última palabra”. Sólo a ellos consultan, para plasmar en “periódicos de ayer” sus conceptos.

Poemas caminos por la tierra (Ícono, Bogotá, 2008), el más reciente libro de Alonso Aristizábal, ya conocido como crítico y narrador, aunque menos como poeta, lo eleva a esa categoría que escribió Octavio Paz para iniciar uno de sus mejores libros de ensayos, *El arco y la lira*: “La poesía es plegaria al vacío, diálogo con la ausencia, el tedio, la angustia y la desesperación la alimentan” (Paz, 1982:13). Es sabido que existe algo llamado fidelidad a la expresión poética, que no a todos les es dado. Pero sí en el caso de Aristizábal, como

puede leerse desde los versos iniciales de su libro:

*El poema ahora y siempre,
el retorno al camino y a la calle,
el agua de la nube que vuelve al río y
a la piedra de su origen,
la historia de quienes escriben con sus
puños a diario
reconciliando sus pasos con su destino.*

...

*para permanecer más allá de los límites
de la memoria.*

...

*Que la poesía convierte en claridad sin
límites
Y en consuelo salvador para muchos.*

(“*El poema ahora y siempre*”, 2008:
11-12)

Es precisamente esta fidelidad a la poesía lo que quiero tocar como primero de los cinco temas que configuran el mundo poético de Alonso Aristizábal. Porque es el más sobresaliente, y domina su mundo de palabras cantadas. El poeta entona la música del mundo que vive, en cada momento del día: a las seis de la mañana, al mediodía, “en el momento cuando el color del sol pinta las ventanas / y los techos de las casas de luz brillante o carbón oscuro” (“Canto”, p. 16). Por ello ve su labor como un *jeroglífico*, en el breve pero elocuente poema que lleva justamente ese título:

*Borges habla de la primera mañana
del mundo.*

*Joyce, del primer hombre triste que
bebió vino.*

*Sancho, del primero que se asombró
frente a la imaginación.*

*Y yo, de la primera vez que sentí la poesía.
(p. 23).*

Pero los versos configuran nuevas y nuevas facetas de la fugaz pero a la vez imperecedera existencia de los hombres y mujeres en nuestro mundo.

Tal lírica fecunda aquella primera experiencia y va germinando y ofreciendo frutos: “Ignoro si alguien más que los siglos / pueda declarar su triunfo sobre este otro desastre / de la vida porque solo la poesía permanece”, dice en “Mirando las murallas” (p. 36). Es cíclica, pues el destino humano “son dos voces... / el de un hombre que va por la calle o un camino, / pero siempre a través de la senda / de su respiración en medio del silencio” (“Dos palabras”, p. 37). Más adelante dirá que “la poesía / es la vida que reinventa el mundo”. Y ella misma es un acto del sueño, un “confesarse con las musas de la noche” (“Anoche dormido”, p. 27). La idea se reitera en el siguiente texto (“Sueños”, p. 28), donde los rostros de la semiconciencia de la noche, con seguridad desconocidos, sabe que “vienen a mí en busca de mi voz y mis palabras”. En el día, ya despierto, se topa con ellos “recorriendo andenes y avenidas”, y recibe como enigmática respuesta una sonrisa. “Están agradecidos / de este papel de dios que me permite la poesía”. Ese rol divinizado de la palabra poética se concreta en la misma página:

Diario

*A diario, los seres humanos como los artistas,
reparten su imagen y su voz por muchos lugares.*

...
*nuestra memoria
que sigue viviendo igual que si estuviéramos
en esos lugares por años sin fin,
a manera de fantasmas (p. 28)*

Imposible no recordar, al leer esto, los hermosos versos finales de la *Oda a la poesía*, de Pablo Neruda, ese poeta que, como César Vallejo, quedó circulando por la sangre de los seres humanos que tocaron sus obras: “Como si el tiempo / Que poco a poco me convierte en tierra / Fuera a dejar corriendo eternamente / Las aguas de mi canto”. Tal metáfora de la poesía como líquido vital se reafirma en el final de otro poema de Aristizábal: “Esta, otra confesión de la forma como la poesía crea al mundo / y nos ayuda a mantener los anhelos sin límites, semejantes al océano” (“Los barcos que fundan la gran ciudad moderna”, pp. 32-33).

Pero los versos configuran nuevas y nuevas facetas de la fugaz pero a la vez imperecedera existencia de los hombres y mujeres en nuestro mundo. Por ejemplo, el amor. Bástenos el poema “Si una muchacha”, donde si la niña o mujer “llora al lado de su hombre” por algún motivo, o si él “llora al lado de ella”, siempre “...todo esto es otra forma de ver la poesía” (p. 34). También la

original comparación de que “cada esquina / y cada parque son una mujer, muchas mujeres” en virtud del título (*Por la poesía*, p. 47). O la amistad:

Yo he escrito estas palabras para que él sepa que desde todos nuestros encuentros, el más verdadero es este, el de los versos porque están hechos con las voces que nos han unido y deseo que así sea por los siglos de los siglos, aunque él cada vez regrese a sus dominios y yo recuerde con sus ecos que son para mí la nostalgia y la evocación de los terrenos de la infancia.

(“Oda a dos amigos que se encuentran en un poema”, pp. 50-51)

Pero también la demencia, como en “El loco”, donde éste se trepa a un árbol para escapar de un gentío urbano que jamás lo comprenderá, y hace de él su casa, y fallece, pero tanto su vida como su muerte son “la forma de fundirse con el aire de los sueños” (p. 34). Esos sueños que, ya lo citamos, forman parte esencial del mundo poético. El cual es un “anchuroso llano” (p. 41), donde “estaba la poesía”, un llano tan ajeno a las montañas de su tierra natal antioqueña que tanto rememora Alonso Aristizábal como todos los poetas de los Andes colombianos, pero en especial los nacidos y criados en esa región, como Ro-

gelio Echavarría, el mismo Barba Jacob o José Manuel Arango, para citar unos poquísimos.

(Se supone que un crítico literario no debe decir este tipo de cosas, pero por mis venas, del lado de mi madre, corren sangre, memorias, amores que provienen de Fredonia. Por eso los comparto y me emocionan. Debería demandar perdón a los teóricos por la falta de academia y modas parisinas, pero pienso cada vez más que la escritura, así sea crítica, debe contener también sentimientos y esas “pequeñas cosas”, como dice Joan Manuel Serrat, personales e íntimas).

Cada poema que alguien escribe es siempre, al mismo tiempo, un comienzo y la terminación de un sentimiento, de una idea, de una solidaridad, de una vivencia. Casi al final de su libro, Alonso Aristizábal dice que “Cada poema es un final” (pp. 60-61). Lo afirma recordando “el canario que antes estaba allí en su jaula”, señalando que es “el encanto de su música efímera”, y concluyendo que resulta igual que “el hecho simple o la verdad del hombre que se despiden”. Y en su adiós nos dice que este “volumen de papel revele para siempre uno a uno sus propios secretos”. Así, y esto apenas lo resume, concibe su labor este poeta.

Sin embargo, es preciso abordar otras temáticas de *Poemas caminos por la tierra*.

Uno, muy importante en la historia de la poesía universal, es el de la concepción y vivencia del tiempo. Eso “claro y oscuro a la vez”, por el cual “cuando llegan las horas celebro





con su diáfano e inefable / canto de campanas que anuncian los años del porvenir” (“El reloj”, p. 18). Ese paso de los días, los meses, los años, y ahora de los minutos y hasta los segundos, se halla a lo largo de todo el libro. Por ejemplo en el poema “Solsticio” (p. 22), que comienza diciendo: “El cielo todavía no amanece a pesar de la hora” y la mirada va siguiendo la lucha entre el gris oscuro del cielo y la salida del sol, “en medio de una batalla dura, despiadada y sangrienta”. “No obstante”, señala en medio del texto, “cada vez se ha dicho que triunfa el bien sobre el mal”. Y termina:

*A esta hora respiro profundo
como si de nuevo nos hubiéramos salvado del desastre,
y es la misma sensación de los hombres y mujeres dichosos
después de las escaramuzas de la fatalidad.*

Tal momento del día reaparece en “Confesiones de un poeta desvelado” (p. 57), donde el amanecer es una “sonrisa” que hace recomenzar la vida y permite hablar y escucharse a solas y con felicidad, “y así lo escribe como loco, porque comprende que en sus palabras / muchos encontrarán luz, aliento y esperanza”. Ese pasar y pasar de cada momento de la existencia no es tomado como algo fatal; por el contrario, “de un segundo a otro, los años cambian / y nos dan un nuevo rostro como fiesta”. Como Antonio Machado dijo “Ya nuestra vida es tiempo”, y determinó como propuesta estética y poética que “la poesía es la palabra esencial en el tiempo”. También concluye así Aristizábal: “Y por eso la vida es como la poesía, / se siente para convertir en luz cada una de las miserias”.

Pero también se canta en los atardeceres esos instantes “rojo y gris cuando el mar



**Pero [el tiempo]
puede ser también
el innominado
compañero de
camino con el cual se
comparten vivencias,
paisajes, un
desayuno, personajes
de la plaza del pueblo
al cual se llega.**

se pone su infinita piel de tortuga”, que es “un cuarto a media luz”, “lo que se venera en la penumbra”, cuando “el poeta piensa entre las sombras / de la luna nueva de espadas relucientes”. Paradójicamente, se trata de la esperanza del próximo despertar, se revitalizan y recuerdan los amores, pero también de una especie de telaraña de estrellas.

*Atardecer,
la antorcha que ilumina el horizonte
e incendia de grana las montañas, y la
oscuridad
se abre como una puerta del tamaño
del universo.
En este momento, alguien cae atropel-
lado en la avenida
y todos saben que el hombre es sombra
de la vida que empieza y termina a
cada paso.
("Atardecer", pp. 14 a 15)*

Pero el tiempo conlleva memoria. Especialmente de la infancia, de “los años de colegio o universidad” donde se hace un homenaje a las travesuras, locuras y desórdenes de los viejos amigos que después “siempre han estado ausentes”, pero siguen siendo “queridos amigos” y cuya “existencia ha sido el camino y eso les basta” (“Oda a los muchachos malos”, pp. 44-45). Pero puede ser también el innominado compañero de camino con el cual se comparten vivencias, paisajes, un desayuno, personajes de la plaza del pueblo al cual se llega, que “Hablaban de personajes que yo no conocía como si los tuviera enfrente”, y se recorren montañas “hablando y evocando sueños”. El hombre se dirigía a un sanatorio, regresando para morir más tarde. En esta “Oda al hombre que volvió a morir a su infancia” (pp. 54-55), se escribe el poema para “con mi testimonio (...)

responder al deseo / de que lo acompañara a ese regreso”.

Por eso, lo sabemos, y muchos lo hemos cantado, “se hace camino al andar”. Y el camino como metáfora de la vida recorre prácticamente todo este libro. Así, en “Oda al niño que hubo una vez” (p. 53), éste “iba por caminos largos / como la vida entera, porque deseaba aprender a nadar”, y eso hace falta “bien que mal” para seguir adelante. Y en “Dos palabras”, el destino humano “son dos voces” pero con un solo sentido: “el de un hombre que va por la calle o un camino, / pero siempre a través de la senda / de su respiración en medio del silencio” (p. 37). También aparece un borracho vive llamando a su madre a los cincuenta años, como le sucedía a los cuarenta, a los treinta y a los veinte “porque siguió siendo el niño que no puede vivir sin la mamá” (pp. 38-39). El poeta dice que “La gente expresa mi tierra y con ello quiere hablar del lugar de

sus raíces”, que, en últimas, remiten a la madre. “Esos senderos cada vez me han llamado con sus sueños” (p. 40). En el recuerdo aparece el cerro de Morrón, el que “todos

llevamos aquí dentro”, y está ligado por inscripciones a un pasado mucho más remoto, el indígena el de la “raza que desapareció en la noche / de ese monte, antes que entregarse al invasor”.

Precisamente, el extenso poema que cierra el libro, “Oda del regreso a los lugares del origen del agua” (pp. 64-70), inicia diciendo: “A través del viaje lento voy saltando sobre los años”. Es un largo recorrido por los lugares del largo camino de la vida, con remembranzas de paisajes, sean de lluvia, tormentas, rayos o soles, montañas y llanuras, pájaros, flores, mariposas, ríos y puentes, muy estrechamente ligados a lo sentido y andado de día y de noche durante la infancia y la juventud en la tierra donde se crió. Aristizábal nos lleva de la mano de su palabra por Guarinó, el cerro San Cayetano, La Miel, El Salado, una vez más Morrón, decenas de otros nombres de lugares enumerados, luego Piamonte y San José, el alto de La Marianita, “el río de los recuerdos”, caminos, calles, plazas y bares, personajes que son bellos porque estaban “para consolarme”. Tales caminos son “como los senderos de la noche y de los sueños”

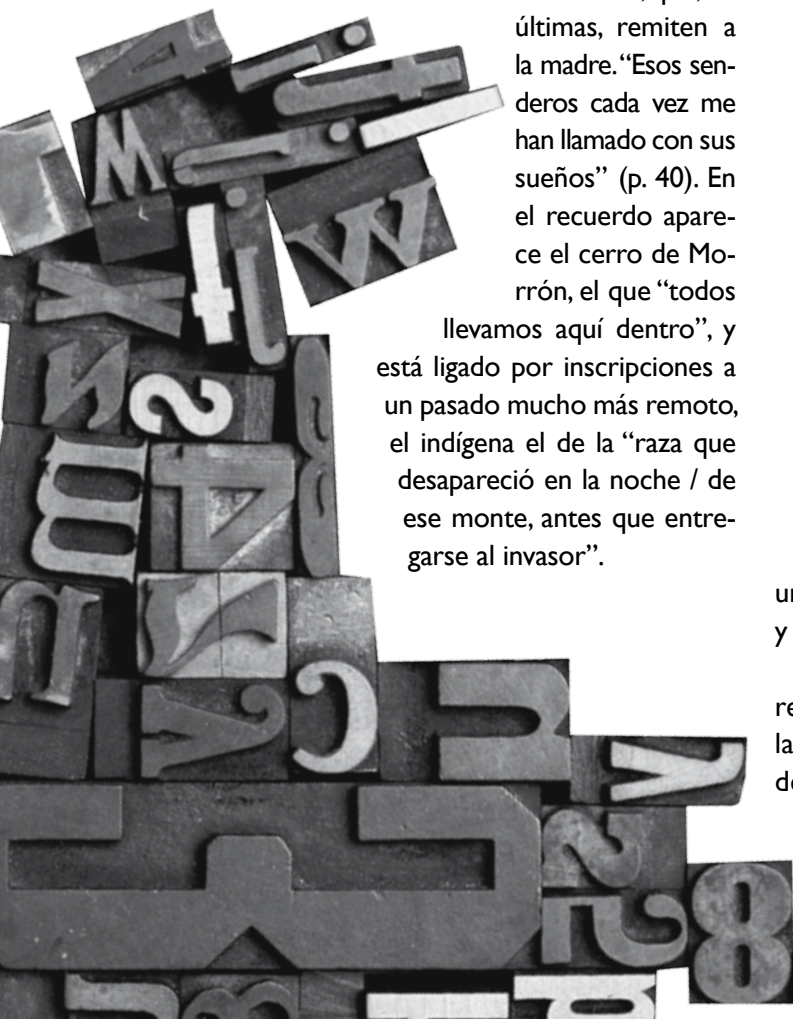
*Entonces doy de espaldas un paso sobre el puente
para echar al agua la moneda del regreso
porque seguro volveré una y muchas veces más,
incluso como si viniera navegando sobre el torrente de los años.*

[...]

*pero cada vez pensando en volver incluso desde los caminos más oscuros,
porque esta agua son mi origen como el origen de todo y de todos.*

Cabe, pues, llamar a Alonso Aristizábal un caminante a través del tiempo de la vida y de la poesía.

Pero existe otro aspecto que no por recurrente deja de ser original, gracias a la manera como verbalmente el autor lo desarrolla: los homenajes y recuerdos de



Usted y yo “andamos juntos (...) para que el mundo siga vivo a través de nuestro aliento”.

poetas, actores, músicos, cantantes, personajes literarios, presentadores de noticieros de televisión. En este libro están, para sólo enumerarlos, Baudelaire, Goethe, Crescencio Salcedo, Paco Rabal, Greta Garbo, Jorge Isaacs, Melville, un cantante de boleros, Rogelio Echavarría, Jorge Franco y su *Rosario Tijeras*. En los textos correspondientes se confunden los temas que ya hemos tratado de señalar con mayor cuidado: poesía, tiempo, recuerdos.

Tampoco escapa de su temática la gente pobre: aparecen aquí y allá; pero quiero destacar tres poemas: “Mapa de carne y huesos”, donde “En el semáforo, un mendigo descubre / su pecho y su estómago, sus costillas escaldadas / como túmulos, y la miseria que lleva en sus entrañas”, dejándonos testimonio del dolor que “ahonda el sendero terrible de su huella diaria” (p. 13). “Reflexión”, que habla de la vida que es guerra para el conductor de bus, para el zorrero, para “el hombre cansado que viene de no se sabe dónde”, y el poeta culmina diciendo lo que piensa:

*Sin embargo, frente al que llora en una esquina
mostrando sus heridas,
agrega que escribe como su forma de
desplegar las alas
y vencer todas las miserias (p.19)*

El tercero es “Memoria”, un breve poema sobre lo que no vemos cotidianamente pero de lo cual nos enteramos por relatos, noticias y, a veces, muertes:

*Hoy escribo esta página para dedicársela a los ojos tristes
de las muchachas latinoamericanas
que trabajan en las cafeterías
de Nueva York, Londres, París, Madrid,
Roma, Moscú y Tokio... (p. 21)*

Pero como no podían faltar en medio de las principales temáticas de *Poemas caminos por la tierra*, están la vida y la muerte. Usted y yo “andamos juntos (...) para que el mundo siga vivo a través de nuestro aliento”, dice en “Evocación” (p.17). Luego de levantarse “con las melodías de los buses y camiones, / los gritos de los voceadores de prensa / o los vendedores de baratijas”, llora al atardecer al ver a una paloma alzar el vuelo con una ramita en su pico porque “Sé que pronto mis huesos serán esa paja diminuta / que ella lleva dichosa a través del aire para su nido”. En “Otra forma de elegía”, llega del entierro de un amigo y se llena de furia, que es “otra manera de llorar”, y porque “la gente tiene que reclamar de cualquier manera / que alguien se haya ido definitivamente, / y que a menudo ese llanto no tiene límites (p. 43).

Sin embargo, en “Queridos amigos”, hace una invitación al optimismo: “Volemos alto o bajo, pero volemos. / Nunca nos dejemos llevar por el suelo” (p. 63).

Casi nunca un análisis puede ser total o exhaustivo. Pero es preciso señalar que este libro, así apretadamente reseñado, da testimonio de que Alonso Aristizábal ama la vida y la poesía con la misma intensidad que a sus seres más cercanos y que sabe expresarlo con belleza. ■